

## ATISBOS PARA DEFINIR UN LUGAR: LITERATURA QUE NO ES LITERATURA

Jeffrey CEDEÑO<sup>1</sup>  
(Universidad Simón Bolívar, Caracas)

El mercado podría definirse, fundamentalmente, como un conjunto de operaciones de intercambio que *afectan* a un determinado sector de bienes, tanto materiales como inmateriales. Su afectación produce una alteración o mudanza en la cualidad de las cosas, a tal grado que resulta absurdo imitar cualquier naturaleza con justo derecho o propiedad. Y, más aún, el mercado luce interminable y extensivo desde el justo momento en que opera a razón de una coincidencia entre el intercambio de bienes y la vida... y la franca retirada de los términos absolutos es, paradójicamente, lo que vuelve formidable al mercado puesto que, de este modo, ejerce una abstracción hacia lo común, es decir, una totalidad capaz de rehuir todo tipo de clausuras. De allí su eficacia al enlazarse con el deseo humano, pues su mediación acentúa la noción de lo propio (y la propiedad) como una instancia natural, al tiempo que se naturaliza a sí mismo dentro de las más variadas estructuras sociohistóricas.

Y si bien el mercado no es perfecto, la imaginación humana pareciera no alcanzar sus potencialidades a la hora de superarlo en su irregular flexión sobre la vida. Este límite en la facultad imaginativa se lee, muchas veces, como una estructura inevitable de los procesos históricos, a tal punto que la no perfectibilidad del intercambio mercantil se debe, para la mayor parte de los economistas liberales, a equívocos políticos, pues lo fines de la política, como bien lo dice Julia Kristeva, pueden ser... corruptibles (2001, p. 99). Justo en medio del mercado, podemos resucitar o inscribir esquemas y fórmulas teóricas, estrategias y acciones que se precisan políticas: como afirma Fredric Jameson (1998), se trata de pensar una cultura de oposición, radicalmente negativa, frente a una cultura postmoderna afirmativa limitada a reproducir el sistema. Pero en los últimos tiempos no resulta nada fácil anclar la negatividad en la cultura, pues la capacidad de apropiación del mercado excede — es decir, va más allá de lo justo y lo razonable — intencionalidades y políticas puras. El ancho y vasto campo de la cultura — de la historia, de lo humano, de la estética — se encuentra minado por las políticas de expropiación que agencia el mercado y, por lo tanto, el avance para una cultura negativa, más que inseguro, debe ser *contenido*, con moderación y templanza.

---

<sup>1</sup> Docente - Universidad Simón Bolívar, Caracas – Venezuela. Dpto. de Lengua y Literatura. Coordinador del Ciclo de Iniciación Universitaria. E-mail: trendehumo@gmail.com.

El intercambio que convoca el mercado no puede reducirse a un movimiento entre las clases sociales, más bien este movimiento implica un cambio de lugar en el espacio social capaz de alterar los límites y las formas de inscripción del derecho individual y colectivo de apropiación. Y muchas veces la política (o más precisamente la hegemonía política) constituye la condición de posibilidad de tales desplazamientos y formalizaciones. Hoy, pocos advierten que es en todo el espectro de la vida donde la política adquiere sus sentidos y, también, sus posibilidades. Pero, ¿cuáles son los recortes de la experiencia políticamente significativos? Esta simple interrogante no puede menos que definirse desde cruzadas fuerzas históricas y, en ocasiones, contrapuestas: a ella recurren tanto el mercado como el Estado, tanto las artes como las ciencias, tanto la ideología como el misticismo.

Dentro de este amplio contexto, pretendidamente global, los objetos estéticos y culturales no pueden excluir cualquier relación. Justo en el tránsito por la Nación, el Estado, el mercado y la política, se abre todo un conjunto de prácticas, experiencias y significados que, indefectiblemente, delimitan con una producción cultural situada, de manera central, dentro de las formalizaciones empresariales globales. “¿Cuánta ignorancia de la existencia profunda de las culturas está en el fondo de la leche descremada, baja en calorías, deshidratada y sin sabor?”, nos pregunta Laura Esquivel en *Íntimas succulencias* (1998). La entrada y circulación de múltiples productos culturales gracias a los procesos de globalización del capital no puede menos que generar rupturas y cambios socioculturales en la vida de todos los días: Esquivel plantea, desde aquí, una carencia, una falta de conocimiento y de identidad. Pero no considero que pueda reducirse el intercambio mercantil a una forma de ruptura y pérdida cultural. No podemos olvidar, y creo ser justo, que la economía puede ser tanto un lugar de alienación como un espacio capaz de erigir nuevas relaciones y nuevas formas de comunicación y de solidaridad, en aras de la formación de reservorio (incluso alternativo) de bienes simbólicos.

Nuevamente, dentro de estas condiciones de existencia, la literatura latinoamericana no puede obviar que la entrada en la escala global del mercado implica una inquietante asimetría en los órdenes de la producción, la circulación y la recepción. Se trata de una multiplicación de prácticas y significados que, sin embargo, logra trascender la total captura de los medios de reproducción y distribución que agencian los conglomerados transnacionales. Afortunadamente, mientras el arte y la política constituyan fenómenos del mundo público (ARENDDT, 1996, p. 231), la propiedad de la cultura se encontrará en franca e irremediable disputa. De aquí que podamos concebir la cultura como un espacio de lo posible,

todo lo cual exige, hoy, una meridiana capacidad: aprender a vivir con el escepticismo y, más allá, con las contradicciones que implica, muchas veces, el diálogo entre el mercado, lo estético y lo político. Reconocer la posibilidad de que una cosa sea y no sea al mismo tiempo, quizás constituya un inicio para recortar un deseo algunas veces apremiante: trazar distancias con la afectación homogeneizante del mercado.

Y la literatura *light* me parece contradictoria si pensamos que se trata de una literatura que, como diría Esquivel, se encuentra des-literaturizada, es decir, no es literatura: sin sustancia, destinada a un consumo rápido, placentero y sin efectos nocivos. La categorización de la literatura Light deja salir sin trabas el desencuentro de las instituciones sociales que administran y legitiman el concepto y el valor de la literatura. Según las definiciones que ofrecen diccionarios como el *Webster*, el significante *light* remite a un maridaje de significados especialmente sugerentes. Significados que giran alrededor tanto del acto de producción de lo considerado *light* –fácil de producir, “industria o maquinaria de productos insignificantes-; como de la especificidad misma del producto/ objeto –ligero, digerible, casi inmaterial o inexistente-, su alcance semántico –superficial-; el grado de responsabilidad involucrado –poco serio-; las relaciones de delimitación recíproca que explicitan una “norma” –menor en relación con el peso, la cantidad y la fuerza usuales-; y, no podía faltar, el juicio valorativo que se desprende de su recepción –de poca importancia-. Pero en el interior de este maridaje de significados de lo light, subsiste la pregunta sobre los fines ulteriores del arte y la literatura en relación con la vasta morada de lo social. Y cuando leo *Mal de amores, El libro de las emociones, Paula* o *No se lo digas nadie*, me pregunto qué tipo de lectura convocan estas ficciones. Un espacio de simetría entre el autor y el lector surge al punto; un lector anclado, por lo demás, en mitos subjetivos y esenciales. En *El libro de las emociones* (2005), Laura Esquivel nos dice “Conócete a ti mismo”, apelando a la máxima delfica de los griegos que invitaba al verdadero crecimiento. Pero la escritora mexicana también revela el mecanismo de esta formación identitaria: “Uno siempre busca repetir una experiencia a través de las imágenes y las palabras” (p. 44), y esa experiencia se consume en la emoción como fuente de autoconstrucción identitaria y, además, como forma de inscribir un diálogo efectivo con el otro: con las emociones podemos, según Esquivel, “descubrir cuáles son las esperanzas, los sueños, los ‘quieros’ y los ‘puedos’ de las personas que nos rodean, ampliando con esto nuestra capacidad de comprensión y de aceptación de los demás” (p. 41).

Resulta curioso, por no decir paradójico, que la reconstitución de un tiempo petrificado –idílico- por parte de los lectores sea, en el fondo, una estructura repetitiva y

placentera y, afortunadamente para el polo productivo del mercado, masiva. No se trata entonces de una recomposición identitaria e histórica desde lo que la literatura erige por sí misma, sino de una repetición narcisista que se mira y admira una y otra vez y en la que el lector “nunca va más allá de sí mismo”. En la literatura *light* el lector sólo puede extraer lo que éste ya tenía dentro de sí, es decir, no se abre a lo que la literatura es capaz de hacer en él “por el hecho de ser en su totalidad precisamente lo que es” (LEWIS, 2002, p. 23). De allí, la clasificación “literaria” de Esquivel: “Dependiendo del tipo de emoción que nos produzcan, es posible hablar de una literatura que sana y otra que enferma. Una que libera energías atrapadas en nuestro interior a causa de la tensión y otra que las aumenta hasta transformarlas en angustia” (p. 95).

El enriquecimiento que el lector espera de la literatura puede ser alcanzado y convertido inmediatamente en experiencia significativa, pero también en moneda falsa, por el tráfico mercantil de las ilusiones y emociones dentro de la cultura contemporánea. La *literatura light*, entonces, forma parte de un discurso destinado a la búsqueda de soluciones efectivas y radicales tras el logro de la felicidad, pero cuya incidencia en los movimientos políticos identitarios es altamente cuestionable, pues reafirma, como bien lo demuestran *Mal de amores*, *Intimas suculencias* o *El libro de las emociones*, lo que pretende denunciar: la mercantilización globalizada de las identidades y las emociones ocupada en desestabilizar y afectar inscripciones políticas identitarias que se presentan como puras, incontaminadas, certeras en sus diversas inscripciones sociales. Esta paradójica valorización mercantil en la autoconstrucción política del yo le ofrece al lector el cumplimiento de otro deseo: retornar, sin mayores obstáculos, como “Sujeto de la Historia” (MASIELLO, 2000), justo cuando esta gramática *light* de categorizar la literatura captura y se apropia abiertamente de la carga simbólica de la literatura moderna occidental y, más allá, de la modernidad histórica. Presenciamos, en conjunto, un *simulacro de identidad* –del sujeto, de la literatura y la cultura moderna–, capaz de exhibir, irónicamente, su valor *posthistórico* al participar en los reordenamientos y entrecruzamientos temporales y discursivos regulados por la sintaxis de la mercadotecnia global. De este modo, y en este sentido, la literatura de las emociones sería *la literatura*: ésta es entonces la autoridad que erigen y con la que se identifican millones de lectores en el mundo. Una autoridad que, anclada en la incesante búsqueda del yo como una esencia, se encuentra muchas veces despojada de todo historicismo, de toda acción política justo cuando se encuentra rendida ante el lucro individual... pero en el fondo, estas mudanzas y transformaciones identitarias inscriben una pregunta por la identidad y la experiencia que,

hoy, se revelan fracturadas, incapaces muchas veces de erigir (auto)conocimiento... lo anterior jerarquiza cualquier tipo de fábula identitaria en el mercado de las ilusiones que proveen tanto la globalización capitalista como los populismos estatales, por tan solo nombrar dos variantes finiseculares.

La literatura light constituiría, entre otras cosas, no sólo un síntoma capaz de interrogar el sentido y el significado de la experiencia en los últimos tiempos, sino de otorgarle un significado certero, central, unívoco justo cuando reafirma el concepto de la Identidad, la Historia, la Política y la Modernidad bajo el manto de la supremacía del mercado. Se pregunta Esquivel: “¿A qué gobierno le puede interesar que un soldado sienta compasión por el enemigo al que tiene que aniquilar? ¿Qué piense en el dolor que va a provocar en la esposa y los hijos de ese hombre al momento de matarlo? O a qué inversionista le agradecería que una anciana se negara a vender su casa ubicada en un área altamente comercial porque en ella nacieron sus hijos y nietos? (...) ¿A quién importan los ríos, las casas, los árboles, los monumentos históricos, los campesinos, los pobres cuando está de por medio el desarrollo económico? *¿Cuál es el valor que tienen en el mercado las emociones? Ninguno. Y tal parece que a muchos les encantaría acabar de plano con ellas para que no interfieran en sus proyectos de desarrollo (...) Pero a las emociones no se les puede vender tan fácilmente*” (p. 96, las cursivas son mías). Y sí que se pueden, y la mejor muestra lo constituye su propio libro: un modelo de seducción altamente rentable, desde el mismo momento en que el yo y sus emociones constituyen el nuevo objeto de consumo desde la industria cosmética hasta la industria editorial. *El libro de las emociones* desea “pensar lo político atravesado por el placer, el humor y los artificios de la seducción” (ÁMAR SÁNCHEZ, p. 197). Muchísimas de las formalizaciones culturales del mercado globalizado se recortan sobre tales categorías, por lo tanto, la política debe recurrir a ellas y, en última instancia, trazar fronteras, trazar diferencias tras el logro de sus fines. Esta zona de contacto utiliza, actualmente, diversos registros significantes de representación e intervención: la memoria (intra)histórica, el discurso amoroso, el autocontrol y la autoestima como formas de alcanzar la felicidad, el saber terapéutico del New Age, las apropiaciones de lo popular... pero en *El Libro de las emociones*, como en el grueso de la *literatura light*, esta zona de contacto y diálogo logra una nivelación del significado justo cuando inscribe una relación con la representación sin mediación alguna, instantánea y expedita: de este modo, cuerpos y sentimientos organizan una “intervención individual” y aportan una “teleología” (MASIELLO, 2000, p. 807) ocupada en hacer de la literatura un medio y no un fin.

En el fin del siglo XX, la no equivalencia de las políticas de representación e interpretación entre la crítica literaria, los conglomerados editoriales, las instituciones canónicas y una masa de lectores altamente heterogénea, cuestiona cualquier esencia de lo literario, pero, a su vez, e irónicamente, posibilita la permanencia y transformación de tal concepto. Y muy a pesar de las serias dudas que despiertan las posibilidades del lenguaje en un mundo que avanza cada vez más a la estandarización, es posible, como bien lo sostiene Horacio González, que “el límite de la postmodernidad literaria sea el concepto mismo de literatura, que la postmodernidad no suprime” (p. 21).

Los Estudios Culturales tienen razón al señalar que el arte y literatura moderna occidental redujeron sus historias a un asunto de tradición y ruptura, evolución y revolución, imitación e innovación siempre tras la consolidación de una metafísica sustraída de la Historia; ciertamente, la historia resultó ser más compleja y, no lo olvidemos, las políticas de identidad implosionaron esta perspectiva. Pero creo que los Estudios Culturales han desalojado, de múltiples maneras, el valor histórico que aún posee la tradición literaria occidental, cualquiera que sea... lo que resta de ese valor de lo nuevo en la idolatría moderna ya ni siquiera es el kitsch, el retorno crítico o paródico del pasado en el presente, sino la franca mercantilización de una literatura que, muchas veces bajo la reafirmación de la identidad, desaloja lo político y la historia y, también, la vida.

Considero que más allá de las asimetrías en los órdenes de la producción, la distribución, el consumo y la reproducción cultural que trazan la literatura y el mercado, no creo, con todo, que las posibilidades de la literatura y la cultura *in extenso* se recorten de manera exacta sobre las posibilidades del mercado, si consideramos que el sentido último de la política, es decir, de las relaciones humanas, lo constituye la libertad, como bien lo desarrolla Julia Kristeva al considerar el pensamiento de Hanna Arendt: “Somos libres, dice Kant en sustancia, porque comenzamos una ley, y no porque la transgredimos” (KRISTEVA, 2001, p. 93). Una ley que, al nacer de las cualidades y condiciones históricas de los sujetos, organiza estructuralmente un puntual llamado a la propiedad, pero también a la incesante posibilidad de la vida, una vida irreductible por definición. La literatura se erige en los inicios que logra construir la palabra, siempre más allá o más acá de las espectaculares transgresiones, hoy tan rentables para el mercado global.

## REFERÊNCIAS

AMAR SÁNCHEZ, A. M. *Juegos de seducción y traición: Literatura y cultura de masas*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2000.

\_\_\_\_\_. Estrategias de seductores: una política del placer. In: ZUBIETA, A. M. (Comp.). *Letrados/ Iletrados: Apropiações y representaciones de lo popular en literatura*. Buenos Aires: EUDEBA, 1999.

ARENDT, H. (1954). La crisis de la cultura: su significación político y social. In: \_\_\_\_\_. *Entre el pasado y el futuro*. Barcelona: Península, 1996.

ESQUIVEL, L. *El libro de las emociones*. Barcelona: Random House Mondadori, 2005.

JAMESON, F. *El posmodernismo y lo visual*. Valencia: Ediciones Episteme, 1997.

KRISTEVA, J. Hannah Arendt: política y singularidad. *Concordia*, n. 39, p. 89-104, 2001.

LEWIS, C. S. *La experiencia de leer: Un ejercicio de crítica experimental*. Barcelona: Alba Editorial, 2000.

MASIELLO, F. La insoportable levedad de la historia: los relatos *Bestseller* de nuestro tiempo. *Revista Iberoamericana*, n. 193, p. 799-814, Oct./Dic. 2000.